CUADRO VIZCAINO

CARMENCHU

I

...¿Que quién era Carmenchu?... La pescadora más guapa y más rubia del pueblecillo y sus contornos; pueblecillo de la costa vizcaína, pintoresco y lindo, arrellanado para que no se divise, oculto casi entre unos cerros, y hasta cuyas propias casas llega lamiendo el mar, con sus ruidos misteriosos, con sus olas que, bordeadas de blanca espuma, apenas son perceptibles en los días de bonanza.

Carmenchu, aunque niña, tiene su noviazgo; y lo peor es que sus padres no miran con buenos ojos tales amoríos, y la chiquilla sufre y llora... Sufre y llora, porque el mozo es bien portado, noblote y la quiere hasta morir;sufre y llora, porque ve caer por tierra los planes que ellos dos, en su dulce vascuence, formaran los domingos en los bailes de la plaza... Los demás mozos, danzando satisfechos al son del clásico tamboril; ellos dos, tristes, siempre tristes, pensando en casarse y salir juntos á pescar en su barquilla...

Porque debo hacer constar que el muchacho tiene una barca, legada por sus padres al morir; entre ella y la *rubita* reparte sus quereres, pues bien se sabe que para el pescador la barca es un pedazo de su alma.

II

Aquella tarde el pueblo estaba triste... La lluvia caía á torrentes, el viento huracanado soplaba con impetuosidad aterradora y los rugidos de fiera del Cantábrico mezclábanse con el vivo y prolongado resonar de los truenos...

Todas las lanchas, menos una, la del novio de Carmenchu, se hallaban en el puerto.

Los pescadores miraban atentos al mar, pero nada se veía... Discutían unos con otros, emitiendo cada cual su opinión, si bien todos se mostraban conformes en una cosa: en que la lancha arribaría á otra playa, pues de querer forzar la entrada del puerto se estrellaría en la isleta que obstruye el paso. Y no les faltaba razón; muchas lanchas se habían hecho trizas contra la maldita roca, y la cruz que la coronaba era buena prueba de ello.

No obstante, se equivocaron; un grito de Carmenchu les hizo fijarse en que la barca estaba á la vista...

Siguieron después unos momentos de angustia y durante ellos la barca se ocultaba y reaparecía entre aquellas formidables olas, que iban creciendo constantemente, hasta que, al fin, se aplastó contra la isleta, reduciéndose á astillas...

III

Carmenchu no podía más; estaba loca... Todo el pueblo contemplaba en silencio á aquel muchacho, que se había sentado en la roca, junto á la cruz, y que ni siquiera pedía auxilio. Por esto mismo—pensaba ella—debía de dársele... Cierto que el mar estaba imponente y que sería una temeridad embarcarse, pero ¿para qué eran hombres?... ¿Para qué luchaban á diario con las aguas?...

Aquello no podía seguir así; las olas subían, subían cada vez más, y pronto cubrirían la isleta... Carmenchu, sin embargo, nada dijo; separóse del grupo de pescadores, y, sin que nadie lo notara, embarcóse en una pequeña lancha y salió en socorro de su novio...

Cuando la gente quiso apercibirse ya era tarde. La niña luchaba furiosa con la tormenta; los viejos marinos asombrados, apenas respiraban...

Y alelados, atónitos, vieron cómo la lancha de Carmenchu avanzaba hacia la isleta, y cómo un golpe de agua la estrujaba contra ella, haciéndola seguir la misma suerte que á otras muchas...

IV

Horas más tarde, cuando los relámpagos con sus fulgores iluminaban el espacio, pudo verse que los dos amantes, abrazados á la cruz que coronaba la maldita roca, esperaban tranquilos su próximo fin...

JOAQUÍN USUNÁRIZ.